

mismos castigos con que en otro tiempo amenazó á Nínive; impelido de un superior impulso salió en una ocasion del convento, y presentándose en la plaza mayor con un semblante grave y modesto, predicó con tanto espíritu y tan ardoroso fuego contra los vicios predominantes en la ciudad, que alegando en confirmacion de su doctrina con propiedad y discrecion varias sentencias de la santa Escritura alusivas á la destruccion de los pueblos por sus vicios; entendidas éstas equivocadamente como profecía de la destruccion de Lima, bajo el concepto que se tenia formado de la santidad de Francisco, fué tal la conmocion y terror que causó el sermón en los ciudadanos, que imitando el ejemplo de los ninivitas á la voz de Jonás, convertidos á Dios, hicieron tan asombrosas penitencias para templar su enojo, que la multitud de sacerdotes y religiosos de aquel numeroso pueblo apenas bastaba para oír las confesiones de los pecadores arrepenidos. Fueron tales las penitencias públicas que se hicieron aquella noche y los dias siguientes, tal y tan universal la enmienda de las costumbres que obró Dios por este medio en aquella ciudad, que el obispo de Orense Fr. Juan Venido, que entonces se hallaba en ella, asegura no haber memoria de otra conversion semejante á esta desde la de Nínive. Era entonces arzobispo de Lima Sto. Toribio de Mogrovejo.

Predicando en Trujillo á 12 de noviembre del año 1603, quince antes del terremoto que destruyó aquella ciudad, con luz sobrenatural de profecía lloró desde el púlpito su ruina, con luz sobrenatural de profecía lloró desde el púlpito su ruina, diciéndo claro á sus moradores que se aparejasen, que por sus pecados habia Dios de asolar aquel pueblo. Lo cual se cumplió en febrero de 1618, no quedando en pié edificio ni casa alguna, siendo sepultados en sus ruinas gran multitud de hombres y mujeres.

La materia y estilo de sus fructuosas predicaciones sacaba Francisco de la oracion, y de las fuentes de las santas Escrituras deducia las saludables aguas con que regaba la tierra estéril; por lo mismo producía siempre frutos abundantísimos de admirables conversiones, compuncion, suspiros, lágrimas y sollozos hasta de los mas endurecidos pecadores, irresistibles á la fuerza de sus discursos y á su apostólico zelo. Muchas veces cuando explicaba los divinos misterios se arrebatava en dulces éstasis, y derritiéndose otras en la consideracion de ellos, le faltaba la voz, y supliendo á las palabras sus agradables suspensiones, conmovia su silencio mas en semejantes casos á los oyentes.

Parecia regular que las incesantes fatigas de sus apostólicas expediciones le dispensasen de las mortificaciones; pero ni éstas

ni las muchas enfermedades que contrajo en ellas, le indultaron jamás para que alojase en la práctica de sus rígidos ayunos, ni asombrosas penitencias, que se hacian increíbles atendiendo á la debilidad de su cuerpo. A la verdad que causaba admiracion verle correr por tantas provincias á pié descalzo en las estaciones mas rigurosas de invierno y estío, sin comer ni beber en muchas leguas, mantenido únicamente con el zelo de la salvacion de las almas, llegando su abstinencia al extremo que se creyó con razon vivia milagrosamente; añadiendo á esto todas las noches duras y sangrientas disciplinas con que crucificaba su carne, cuyas llagas hacia mas penosas el áspero cilicio que jamás separó de ella.

Todo este fervor y toda esta sed insaciable por la salvacion de las almas provenia del encendido amor de Dios en que se hallaba abrasado su corazon, el cual le hacía prorumpir en suspiros y tiernos ecos; bastándole oír hablar del sumo bien, ó poner los ojos en el cielo para quedar trasportado en admirables éstasis. Aunque todos y cada uno de los misterios de nuestro Redentor eran objetos de su cordial dileccion, se distinguió especialmente en la particular devocion para con el Señor sacramentado, siendo muchas las pruebas que dió de este afecto á presençia de la Eucaristia. En los rayos de la luz que despedia su rostro, y en las abundantes lágrimas que derramaba cuando celebraba el santo sacrificio, daba bien á entender el volcan que ardia en su pecho. En una ocasion, hallándose custodio de la provincia de Tucumán, yendo en la procesion del Corpus, no pudiendo contener el amor del Señor interiormente, además de los dulces cánticos con que elogiaba al Sacramento, comenzó á saltar entre los indios fuera de si, como otro David delante del arca del Testamento, cuyo espectáculo conmovió á una profunda veneracion á los asistentes. No menor era la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen: solo con oír su dulce nombre se llenaba su espíritu de gozo y complacencia, explicando su afecto con suaves cánticos, misteriosos versos, y oraciones fervorosas. A esta soberana Reina eligió por patrona de todas sus expediciones apostólicas, aplicando en ellas toda su actividad en promover su culto y su gloria, confesando ingenuamente que las alabanzas de esta Señora eran la quietud de sus trabajos, el consuelo de sus aflicciones, el refrigerio de sus tribulaciones, y la causa de su felicidad en todas sus empresas.

En fin quiso Dios premiar los trabajos de Francisco, y aunque toda su vida fué una cruz y un martirio continuo; con todo para que adquiriese mas merecimientos, permitió que dos meses antes

de su feliz tránsito sintiese unos dolores agudos, acompañados de una calentura ardiente; bien que en toda la serie de su enfermedad dispuso la divina Providencia con maravilloso prodigio, que se mantuviesen en la ventana de su celda unas avecillas, inseparables de ella por mas ruido que hiciesen, las cuales con sus sonoros cánticos recreaban el ánimo de su fiel siervo, que tenia á la vista un Crucifijo, á quien daba repetidas gracias porque le afligia en tiempo que no podía con sus propias manos castigarse segun su costumbre. Por la vehemencia de los dolores no desistió del ejercicio de la oracion, que fué siempre el objeto principal de sus esmeros, la cual pudo llamarse habitual, pero no interrumpida en algun momento; dejándose ver en los últimos dias de su vida tan anegado en dulces contemplaciones, que olvidado enteramente de las necesidades del cuerpo, parecia que ya conversaba entre los ángeles, sin permitir en ellas que á su presencia se suscitase otra conversacion que de Dios, ó se leyese alguna lectura espiritual. Creciendo la enfermedad, dispusieron los médicos que se le administrase el Viático diez dias antes de morir, y respondió que era intempestivo y pronto, aunque muy bueno el que recibiese á semejante huésped. Dijo á los religiosos, temerosos que falleciese de momento en momento por la debilidad de sus fuerzas, que fuesen á descansar, pues no moriria hasta el dia de S. Buenaventura, á quien profesó siempre una devocion particularisima; y con efecto en el mismo dia, al tiempo de hacer señal la campana á la elevacion de la hostia y cáliz, mirando al Crucifijo, puestas las manos en cruz, entre amorosos coloquios, trasportado en un gozo celestial dió apaciblemente su espíritu al Criador en el dia 24 de julio del año 1610, á los sesenta y uno de su edad, en el pontificado de Paulo V, reinando en España Felipe III.

Luego que espiró, quiso Dios acreditar la santidad de su siervo con una multitud de prodigios, y hasta en los síntomas de su cuerpo: éste, que por las largas y difíciles peregrinaciones estaba seco y negro, de repente apareció lleno, blanco, hermoso y tratable, con el rostro tan sereno, como si estuviese en un dulce sueño, despidiendo un olor fragrantísimo: sus ojos, que cerró siempre con una perpetua mortificacion, se dejaron ver brillantes con un resplandor extraordinario; y su carne comprimida á fuerza de las intemperies, se notó con un color y calor natural como si estuviese en lo mas florido de sus años. Tuvieron los religiosos algunos dias en el féretro el venerable cadáver para satisfacer la devoción de los innumerables concursos que concurrieron á tributarle obsequios; y con una pompa jamás vista

en Indias, digna de compararse con las demostraciones de los mayores triunfos, depositado en un arca, le dieron sepultura en su convento. A su entierro se hallaron el marqués de Montesclaros, virrey de aquellos reinos, y D. Bartolomé Lobo Guerrero, arzobispo de Lima.

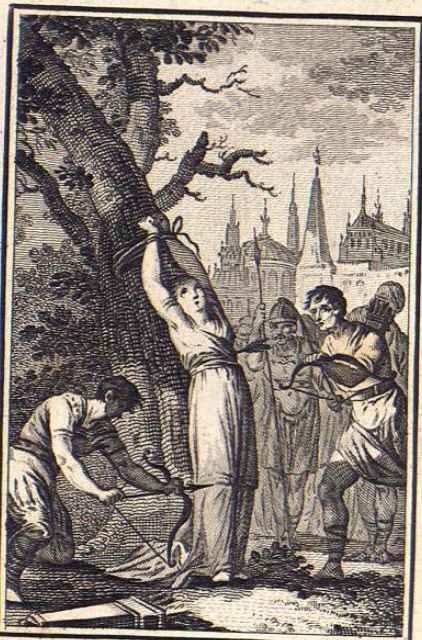
La fama pública de su santidad, y la continuacion de prodigios que cada día se dignaba obrar el Señor por la intercesion de su siervo, hicieron venerarle desde luego por santo; pero como faltaba la aprobacion de la santa Sede para autorizar este concepto, á nombre de la ciudad y senado de Lima, á cuyas súplicas se unieron todas las de las ciudades del Perú y religion franciscana, se instó á la santidad de Urbano VIII, para la beatificacion y canonizacion de Solano. Este papa despachó las correspondientes letras apostólicas para los procesos informativos; y resultando de ellos justificado plenamente el heroísmo de sus virtudes, con multitud de milagros auténticos, que recopiló del mismo proceso en un libro Fr. Toribio Navarro, minorista, no teniendo en que detenerse la sagrada Congregacion, le declaró beato el papa Clemente X en el día 25 de enero del año 1675; y canonizó despues Benedicto XIII en el 27 de diciembre de 1726.

SANTA CRISTINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

EL triunfo de Sta. Cristina, que refiere casi á la larga el Martirologio romano, es tanto más digno de admiracion; cuantos los más inhumanos tormentos que padeció esta gran Santa á los diez años de su edad fueron por el ministerio de su mismo padre.

Nació en Tiro de Toscana, á las márgenes del lago de Volseña, poblacion de que no quedó el menor vestigio, por haber sido enteramente sumergida y como hundida en el mismo lago. Fué hija del gobernador de aquella ciudad, llamado Urbano, hombre furiosamente entregado á las supersticiones del paganismo, y por tanto enemigo capital del nombre cristiano. Aquel Dios que se complace de presentar de tiempo en tiempo en su Iglesia algunos prodigios de su infinito poder, escogió á una tierna doncellita de solos diez años para que por ella triunfase la fe en medio de una familia, acaso la más zelosa y la más obstinada en los desvarios de la gentilidad.

Enfurecido el gobernador de Tiro contra los cristianos, los buscaba con exquisita diligencia, y los atormentaba con bárbara crueldad. Eran pocas las horas en que no se veian á sus pies algunos de estos generosos defensores de la fe, y pocos los días



STA. CRISTINA V. Y M.

